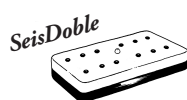


EL COLECCIONISTA



EL COLECCIONISTA

Rafa Melero Rojo



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

Coordinada por Antonio Parra Sanz

© Rafa Melero Rojo, 2025

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2025

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-19964-41-0

Dep. Legal: P-215/2025

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.

C/ Italia, 49

34004 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

«La cuestión no es quién me va a dejar, es
quién me va a parar.»

AYN RAND (escritora)

«Los objetos de una colección tienen un
significado muy especial, eso no lo entiende
la mayoría de la gente.»

COOPER



Prólogo

Los agentes de seguridad ciudadana que custodiaban la zona iluminaban con sus linternas el suelo para ver qué pisaban y no tocar nada. Algunos de ellos, muy jóvenes, asistían a lo que era la escena de su primer homicidio. Porque es mucha la gente que muere, y durante sus carreras policiales va a ser un hecho habitual lidiar con personas que ya no respiran, pero, por suerte, homicidios en España no hay tantos, y que además te toquen en tu turno, ya es un hecho fuera de lo normal.

Habían llegado los primeros y nada más entrar en el garaje se habían dado de morros con la cruda realidad. Allí tirado en el suelo había un cadáver que claramente había sido asesinado por arma de fuego. Un agujero en la cabeza con orificio de entrada por la parte posterior atestiguaba la conjetura.

El aviso de que podría haber un policía en peligro en una casa los había llevado al lugar. Alguien los había alertado y lo extraño era que no había sido a través del 112. Quizá el que había movilizó a las unidades que ya estaban allí, y a las que estaban en camino, había dado

esa información para que no se demoraran en llegar. En cualquier caso, nadie había exagerado habiendo visto lo primero que se habían encontrado.

El hombre que yacía tirado en el suelo no tenía aspecto de policía, tal y como los habían prevenido, y el mango de una navaja que asomaba por el bolsillo del pantalón no ayudaba, pero allí estaba el fiambre. Dejaron atrás ese cuerpo, por el que no podían hacer nada más, y se dirigieron al final del garaje. Allí había otro hombre, atado a una silla y con un trapo cubriéndole la cara.

Tampoco se movía.

El cuerpo de ese varón de más de cuarenta presentaba signos de violencia. Y a la espera de que los que se encargarían de investigar lo sucedido se metieran en ello, los patrulleros no tenían dudas de que aquel tipo había sido torturado. Y por la cantidad de hematomas, sangre y estado del cuerpo, no había sido de manera rápida. Los de la científica iban a pasar muchas horas allí haciendo fotos de todo. Estaban en el garaje de un chalé con valla exterior y jardín. Seguramente empezarían por la parte exterior, buscando vías de entrada o salida que al asesino o asesinos pudieran haber utilizado.

Ya llevaban allí un buen rato y no iban a tardar en llegar los de investigación y, con ellos, la comitiva judicial. Seguramente lo harían con los jefes de la policía judicial.

—¿Los habéis tocado?

—No hemos tocado nada. Ni el cadáver este, ni aquel —respondió el patrullero al sargento de la policía judicial—. Están tal y como los hemos encontrado.

Cuando estuvieron todos se fueron directos al cuerpo del tipo de la silla. La jueza, a la que identificaron los patrulleros por su elegante vestimenta, se tapó la boca con cara de espanto al ver al hombre. Ya había hecho algo similar al pasar junto al otro de la entrada. Parecía joven, ya tendría tiempo de acostumbrarse a ver cadáveres.

El tipo estaba sentado, casi desnudo, apenas un calzoncillo y un solo calcetín puesto. Atado a una silla de madera, de la cual no se distinguía el color por la cantidad de sangre y la poca luz que había en aquel lugar. Enseguida encendieron unos focos, que los miembros de la científica habían instalado, y el lugar se iluminó. Le quitaron el trapo de la cara.

Otro aspaviento de la jueza.

No se podía ver con claridad la cara del hombre por la hinchazón de los golpes que había recibido. Además, estaba inclinada hacia adelante por la propia gravedad.

—O no le han sacado la información que querían, y por eso tiene tantas lesiones, o bien lo han hecho, pero lo han castigado igual.

—Eso no aclara mucho —dijo la jueza.

Después se pusieron a hablar entre ellos en tono bajo y los patrulleros no pillaron lo que decían. Solo palabras al vuelo.

La forense se acercó para inspeccionar el cadáver ayudada por varios agentes, todos con trajes de color blanco para no contaminar la zona.

Entonces el médico dio un grito de sorpresa.

Todos se giraron a ver qué había hallado. Dos agentes de traje blanco, ya con algunas manchas de sangre del cuerpo al haberlo manipulado, se quedaron parados sin mediar palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó la jueza.

—Este hombre...

No acabó la frase. Todos se giraron hacia el cadáver para ver que en realidad allí no había un muerto. El tipo movió la mano derecha. El susto fue de órdago.

—¡Está vivo! —exclamó la jueza.

Durante unos instantes el tiempo pareció detenerse, como si todos en aquella escena estuvieran en un lugar equivocado. Eran los actores de una escena del crimen para el levantamiento de un cadáver, sin cadáver. Bueno, uno sí había en la entrada, pero no el que tenían delante. De repente el sargento jefe de turno de los patrulleros pidió una ambulancia y escuchar aquellas palabras pareció activar al resto.

Desataron al hombre de la silla y lo estiraron en el suelo. Apenas respiraba, pero lo hacía. Los sanitarios tardaron poco en llegar, aunque a todos se les hizo eterno. ¿Cómo nadie había comprobado las constantes vitales de

aquel tipo? La cantidad de heridas había llevado a error a los primeros policías que acudieron al lugar.

La comitiva permanecía a un lado en espera de saber qué había pasado.

El jefe de la policía judicial se puso a hablar con otros dos agentes. A esa distancia los policías de uniforme no escuchaban bien qué se decían, pero alguien se la iba a cargar. De pronto, el que mandaba alzó la voz.

—Mirad bien las cámaras de los edificios de la zona y no dejéis nada por inspeccionar. Quiero saber qué ha pasado.

—Ya se lo he ordenado a los dos nuevos. Están en ello. ¿Algo más?

—Sargento —gritó uno de los agentes que estaba con los sanitarios atendiendo al hombre.

Este se acercó a la carrera.

—Está balbuceando algo.

—¿Qué dice?

El policía negó con la cabeza.

El sargento se aproximó a los sanitarios que le estaban preparando para el traslado al hospital.

Entonces el hombre cogió del brazo al policía y este acercó la oreja a la boca del herido. El tipo dijo algo, pero no se le entendía.

—No le escucho, lo siento.

De repente, notó que el tipo, sacando fuerzas de donde no parecía tener, le apretó el brazo con más fuerza y dijo:

—Sonia Ruiz.

Después se desmayó y los sanitarios se lo llevaron a la ambulancia camino del hospital.

El sargento se quedó parado. En ese momento se acercó uno de sus agentes.

—Averiguad quién diablos es este hombre.

—Ya envió una patrulla al hospital.

El mando se quedó parado sin contestar.

—¿Está bien, jefe?

Este se giró hacia su compañero y solo dijo:

—¿Quién cojones es Sonia Ruiz?